

LA VOZ, EXPLORACION HUMANA

¿No parece claro que en todo esto hay una monstruosa confusión? ¿Qué sentido tiene luchar contra la dictadura si uno es un pequeño dictador en su ámbito privado? ¿No se convertirá entonces la argumentación ideológica en la compensación que la razón inventa para luchar contra el subconsciente? ¿O, en términos más totales y rigurosos, contra la «realidad individual»? ¿Qué cosas no podemos llegar a esconder tras ciertas automagnificadoras intransigencias?

Todas estas preguntas no pretenden, por supuesto, dar la razón a ninguno de los dos extremos de la trivial dicotomía. Se trata, mucho más humildemente, de retomar la investigación teatral en el punto en que comenzó, contando con las aportaciones sucesivas. Es decir, conociendo las respuestas, siempre abiertas, de los mejores y más lúcidos hombres del teatro moderno, pero al servicio de esa investigación sobre el hombre, y, por tanto, sobre la sociedad en que vive, sin todos esos apriorismos que poco a poco nos han empobrecido.

Hay un hecho absolutamente preciso y deslumbrante en el trabajo de Roy Hart. Los alumnos, sin ninguna iniciación teórica, han respondido con inesperada ductilidad a las provocaciones del director inglés. Para la mayoría ha sido una sorpresa descubrir las posibilidades ignoradas de su voz; un innegable proceso de carácter orgánico, una manifestación desconocida de la personalidad de cada uno se ha producido. Ello basta, en el terreno del teatro y en el puramente científico, para establecer que no podemos partir de un actor que se ignora o reprime a sí mismo en tanto que hombre.

Si alguien tiene el subconsciente nazi, mejor que lo saque y lo encarne, en vez de encubrirlo con lo que acaba siendo pura lexicografía revolucionaria. Si alguien tiene el subconsciente revolucionario, mejor que lo exteriorice, en lugar de sujetarlo con la prudencia o el mesianismo inoperante. Roy Hart plantea, en definitiva, la vieja verdad de que mal podemos darnos a los demás si somos unos desconocidos para nosotros mismos. La conquista de la plenitud y de la conciencia de uno mismo sería el correlativo y supuesto de cualquier acción válida; el rostro y la voz serían los índices externos de ese grado de plenitud, entendido no como una mística, no como una solitaria aventura, sino como una lucha general del hombre por destruir «todo» lo que hace de él un perpetuo prisionero.

El saber que existe una relación entre los límites «individuales» y las circunstancias sociales en que cada individuo vive, el saber que la «libertad» es siempre relativa y que la misma personalidad está marcada — recordemos los terribles pobres brechtianos de «La persona buena de Sezuan» — por esas circunstancias, el saber que tales circunstancias no son fatales y dependen de una ordenación económica que puede ser transformada, no excluye en absoluto, antes al contrario, ese apasionado interés de Roy Hart por el conocimiento concreto de cada hombre.

ALGUNOS DATOS

Roy Hart lleva muchos años trabajando la voz humana. Inicialmente lo hizo con fines terapéuticos, al considerar que entre las «voces enfermas» y las «voces sanas» existía la misma relación que entre las personalidades enfermas y las personalidades sanas. El estudio de la voz acabó integrándose en una filosofía y una visión de la sociedad y del hombre. Hoy el Roy Hart Theatre agrupa en Londres a una verdadera comunidad, con más de cincuenta personas y un determinado régimen de vida. Roy es él mismo un prodigioso resultado de su trabajo. Persona equilibradísima, de una enorme corrección y afabilidad, ha conseguido, por ejemplo, durante su trabajo en Madrid, entenderse con la abrumadora mayoría de sus alumnos. Rehúye las grandes explicaciones teóricas; prefiere el trabajo práctico y provocar en cada alumno un tipo de proceso más integral. Como intérprete, aparte de intervenir en los espectáculos colectivos creados por sus actores, ha participado en varios conciertos, siendo particularmente destacable el de «Ocho canciones para un rey loco», que ha ofrecido en numerosos festivales internacionales.

Su «consagración» europea la debe al Festival de Nancy de hace un par de años. El Festival, que antes había «propuesto» los trabajos de Grotowsky o del «Bread and Puppet», lanzó el nombre de Roy Hart al conocerse su libérrima versión de «Las bacantes», de Eurípides. A Madrid ha venido, invitado por el Instituto Alemán y la Real Escuela Superior de Arte Dramático para participar en el primero de los tres cursillos programados. Ricardo Domenech y el autor de estas líneas han cooperado en una serie de debates y clases teóricas. ■ J. M. Fotos: Manuel Uriá.

FEIFFER

VÍ LA PELÍCULA
"WOODSTOCK"

MEDIO MILLON
DE JOVENES HAMBRIENTOS
Y DESCALZOS
REVOLCANDOSE EN EL BARRO.



¡AQUELLO
ERA AMOR!

LUEGO SALÍ
OTRA VEZ
A LA CALLE



Y VI A UN MILLON
DE PERSONAS
SOBREALIMENTADAS
Y EXAGERADAMENTE
VESTIDAS.

Y LO QUE VI
FUE MUERTE
Y DESOLACION



Y QUISE INCENDIAR
LAS CIUDADES

PARA QUE ESOS MILLONES
PUDIESEN PASAR HAMBRE
Y REVOLCARSE DESNUDOS
EN EL BARRO



Y SABER
LO QUE ES
EL AMOR

UN SUEÑO
AMERICANO



Dib. Publinter-Esp. S.p.A.

© 1970 SIMS BATES - 5-17